

señalado antes, desarrollan y refuerzan el sentido de pertenencia y de solidaridad en el interior de las diversas comunidades y de la FC. Así se nos invita a “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión” (NMI 43). Vida compartida y misión compartida nacen de una visión compartida que a su vez nace del carisma común. Para que todo esto se consolide bien hay que llegar a una formación compartida que no hay duda de que tiene como tarea importante fomentar una teología común, una espiritualidad compartida, un proyecto misionero común y una visión de realidad sociocultural común. Soy un convencido de que un carisma que no se hace cultura no tiene ningún futuro y no lo tiene la institución correspondiente. Fomentar una cultura común es crear un modo de pensar, de sentir y de proceder cercano.

El encontrarse de laicos y religiosas/os es exigente; pasa por un necesario cambio de mentalidad: metanoia y conversión. La visión y propuesta de “vida y misión compartida” está implicando y exigiendo mucho más de lo que se sospechaba. Está llevando más

allá de las barreras, divisiones y separaciones de los “estados de vida cristiana” a unos encuentros exigentes. Supone audacia y creatividad; asumir un itinerario de conversión; pide movernos, “remar mar adentro en la misma barca”, “pasar a la otra orilla”. Nos lleva a ser itinerantes. Nos deja con la fuerte convicción de que la vida y misión compartida no es algo opcional; es algo necesario e incluso indispensable.

Los procesos personales para la integración de los encuentros son bien diversos. Este proceso les toca hacerlo a religiosas/os y laicas/os concretos. Al recorrerlos se consigue pasar una puerta que nos deja dentro de la casa, dentro de la familia. Para ello, por supuesto, hay que haber recibido una llamada para entrar y leído en el frontispicio de la casa el nombre de la familia, que viene del carisma; y el apellido, que viene del grupo en el que uno se integra. Así se comienza a vivir una doble pertenencia: al grupo o rama concreta y a la familia, al árbol total. Uno es rama y es árbol.

Así poco a poco esa vocación se transforma en proyectos de vida y de misión. En esos proyectos hay llamada a vivir la radicalidad evangélica, a reforzar el sentido de comunidad frente al individualismo, a transformar la sociedad para superar la pobreza y la injusticia, a transmitir y formar en la fe. Esos proyectos están necesitados de personas con un determinado perfil. Solo ellas lo harán realidad. La fuerza carismática se encarna en la comunidad.

Los auténticos encuentros nos piden llegar a tener un lenguaje común. Es muy importante al crear una realidad nueva elaborar un lenguaje que nos permita “decir” y “nombrar” lo que nace; un lenguaje compartido que expresa, vincula, ahonda, comparte y transmite experiencias fundantes. Evoca raíces. Pero sobre todo nos habla de un presente prometededor. Da sentido y renueva. Incorpora con fuerza el “nuestro” y el “nosotras/os” propios de la vinculación, de la posesión común y del compromiso.

La dinámica de los encuentros entre laicos y religiosas/os encaminará a fortalecer los lazos entre los integrantes de la FC y también entre los diferentes grupos que la constituyen. Estas estructuras tienen varias proyecciones: una hacia una mayor y mejor asimilación del carisma, pozo donde todo mana. Otra sería la mejor integración de los componentes de la FC. Una tercera finalidad sería reafirmar y ahondar la interdependencia entre los grupos. Una cuarta proyección se encamina a fortalecer la fidelidad creativa.